

muerzo, los cuatro filósofos, seguidos por un hombre que llevaba la piedra en una caja de pino, se dirigieron hacia Gravesend, donde habían enviado el equipaje desde Rochester. Llegaron á Gravesend á la una, y habiendo encontrado sitios en la imperial del coche de Londres, llegaron allí salvos y sanos por la noche.

Los tres ó cuatro días siguientes fueron empleados en los preparativos necesarios para el viaje al pueblo de Eatanswill; pero como esta importante empresa exige un capítulo aparte, emplearemos las pocas líneas que nos restan en contar con brevedad la historia de la antigüedad descubierta por Mr. Pickwick.

Resulta de las memorias del Club, que Mr. Pickwick habló de su descubrimiento en una reunión que tuvo lugar al día siguiente de su llegada, y llevó el espíritu encantado de su auditorio á una multitud de especulaciones ingeniosas y eruditas, relativas al sentido de la inscripción. Parece también que un artista hábil hizo el dibujo que fué grabado en piedra y presentado á la sociedad real de anticuarios de Londres y á otras sociedades de sabios; que de las opiniones emitidas con este objeto nacieron envidias y rivalidades sin número; que Mr. Pickwick mismo escribió un folleto de noventa y siete versiones diferentes de la inscripción; que tres viejos, cuyos hijos primogénitos se habían atrevido á poner en duda la antigüedad de la piedra, los privaron de su herencia; que Mr. Pickwick fué elegido miembro de diez y siete sociedades de sabios por haber hecho tal descubrimiento; que ninguna de las sociedades de sabios pudo sacar nada en limpio de la inscripción; pero todas estuvieron acordes en reconocer que no existía nada más curioso.

Es cierto que Mr. Blotton, y su nombre será relegado al eterno olvido por todos los amantes de lo misterioso y lo sublime, Mr. Blotton, suspicaz y díscolo como todos los caracteres vulgares, se permitió considerar la cosa bajo un punto de vista tan degradante como ridículo. Con el vil intento de oscurecer el brillante nombre de Pickwick, emprendió en persona un viaje á Cobham. A su vuelta declaró irónicamente ante el Club que había visto al hombre cuya piedra había sido comprada; que este individuo la creía antigua, pero que negaba solemnemente la antigüedad de la inscripción, y aseguraba haber grabado él mismo en un instante desocupado aquellas letras groseras que significaban:

Bill
Stumps
Su
Marca

Mr. Blotton añadía que Stumps, dejándose guiar por el sonido de las palabras más que por las reglas severas de la ortografía, había puesto una l en vez de un ll y había reemplazado por una k la c de *marca*.

Los ilustres miembros del Club Pickwick, como era de esperar de tan sabia sociedad, recibieron esta historia con el desprecio que merecía, arrojaron de su seno al ignorante y presuntuoso Blotton y votaron á mister Pickwick el regalo de unos espejuelos de oro, como prenda de admiración y confianza. Para pagar este prueba de aprobación, Mr. Pickwick se hizo pintar en pie, é hizo colgar su retrato en la sala de sesiones del Club, retrato que, entre paréntesis, le representaba mucho menos joven de lo que realmente era.

Mr. Blotton fué expulsado, pero no se dió por vencido. Dirigió á las diez y siete sociedades un folleto, en el cual repetía la historia que había dicho y dejaba comprender muy claramente que miraba como papamoscas á los miembros de las diez y siete sociedades susodichas.

Al ver esta proposición mal sonante, las diez y siete sociedades se llenaron de indignación. Aparecieron nuevos folletos. Las sociedades sabias del extranjero correspondieron con las sociedades sabias nacionales. Las sociedades sabias nacionales tradujeron al inglés los folletos de las sociedades extranjeras. Las sociedades extranjeras tradujeron á todos los idiomas los folletos de las sociedades sabias de Inglaterra, y así comenzó aquella lucha científica, tan conocida en todo el universo con el nombre de *controversia pickwickiana*.

Sin embargo, los esfuerzos calumniosos destinados á perder á Mr. Pickwick cayeron sobre la cabeza de su desgraciado autor. Las diez y siete sociedades de sabios votaron unánimemente que el presuntuoso Blotton era un ignorante, y escribieron contra él innumerables opúsculos; en fin, la piedra subsiste todavía, monumento ilegible de la grandeza de Mr. Pickwick y de la pequeñez de sus detractores.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
SAN ANTONIO, MEXICO

Contiene una importante determinación de Mr. Pickwick, que hace época en su vida, lo mismo que en esta verídica historia.

Aunque la casa de Mr. Pickwick estaba en la calle de Gosswell, era pequeña, era cómoda y limpia, y sobre

todo en perfecta armonía con un genio observador. La sala estaba en el piso bajo, su alcoba en el primer piso, y ya estuviese sentado en su despacho, ya estuviese de pie afeitándose delante de su espejo, podía igualmente contemplar todas las fases de la naturaleza humana en la calle de Goswell, que es casi tan populosa como popular. Su patrona, la señora Bardell, viuda y ejecutiva testamentaria de un aduanero, era una mujer oficiosa, de ademán inquieto y fisonomía alegre. A estas cualidades físicas unía preciosidades morales; por un feliz estudio, por una larga práctica, había convertido en un talento exquisito el don particular que había recibido del cielo para todo lo concerniente á la cocina. No había en la casa ni chicos, ni gallinas, ni criados. Un hombre grande y un chico completaban el personal. El primero era nuestro héroe, el segundo una producción de la señora Bardell. El grande hombre entraba en su casa todas las noches á las diez, y poco tiempo después se condensaba en su lecho francés, colocado en un gabinete del interior. En cuanto al joven Bardell, sus juegos infantiles y sus ejercicios gimnásticos se circunscribían estrictamente á la acera de la calle. La limpieza, la tranquilidad reinaban en todo el edificio, y la voluntad de mister Pickwick era la única ley.

La víspera del viaje proyectado á Eatanswill, á cosa del medio día, debía parecer singularmente misteriosa é inexplicable para todo el que conociese su admirable uniformidad de espíritu y la economía doméstica de su establecimiento. Se paseaba en su habitación con pasos precipitados. De tres en tres minutos asomaba la cabeza á la ventana, miraba constantemente su reloj y manifestaba otros diversos síntomas de impaciencia, muy extraordinaria en él. Era evidente que le pasaba algo importante; pero ni la señora Bardell era capaz de adivinar lo que era.

—Señora Bardell — dijo Mr. Pickwick cuando esta amable dama estaba á punto de concluir de arreglar su cuarto.

—¿Señor? — respondió la señora Bardell.

—Vuestro hijo hace tiempo que está fuera.

—Es verdad, señor; pero es muy lejos de aquí; es en Borongh.

—¡Ah! es verdad.

Y volvió á sumirse en el silencio.

La señora Bardell siguió arreglando la habitación.

—¿Señora Bardell? — dijo Mr. Pickwick al cabo de algunos minutos.

—¿Señor?

—¿Creéis que el gasto sea mayor para una persona que para dos?

—¡Bah! Mr. Pickwick — replicó la señora Bardell, poniéndose colorada hasta lo blanco de los ojos, porque creyó percibir en los de su inquilino cierto guiño matrimonial. — ¡Bah! Mr. Pickwick, qué pregunta.

—Y bien, ¿qué pensáis?

—Eso depende... — respondió la señora Bardell acercando su plumero al codo de Mr. Pickwick; — eso depende de la persona, ya sabéis, Mr. Pickwick, y si esa es una persona laboriosa y económica...

—Es mucha verdad; pero la persona á que me refiero (aquí Mr. Pickwick miró fijamente á la señora Bardell) posee, según creo, esas cualidades. Tiene además un gran conocimiento del mundo, y mucho tacto, señora Bardell. Me será infinitamente útil.

—¡Bah! Mr. Pickwick — murmuró la Bardell, sonrojándose de nuevo.

—¡Estoy persuadido! — continuó el filósofo con creciente energía, como era su costumbre cuando hablaba sobre un asunto interesante; — estoy persuadido; y para decirlo de una vez, señora Bardell, he tomado esa determinación.

—¡Señor, Dios! — exclamó la señora Bardell.

—Tal vez os parezca extraño — continuó el amable Mr. Pickwick, lanzando á su compañera una mirada de buen humor; — tal vez os parezca extraño que no os haya consultado sobre este punto; y no os he hablado de ello hasta el momento en que he enviado fuera á vuestro hijo.

La señora Bardell no pudo responder sino por una mirada. Hacía tiempo que adoraba á Mr. Pickwick como una divinidad, á la cual no le era permitido acercarse, y he aquí que de repente, la divinidad bajaba de su pedestal y la tomaba en sus brazos; Mr. Pickwick le hacía proposiciones directamente, á consecuencia de un plan deliberado, porque había enviado al pequeño á Borongh para quedarse solo con ella. ¡Qué delicadeza! ¡qué atención!

—Y bien — dijo el filósofo; — ¿qué pensáis?

—¡Ah! Mr. Pickwick — respondió la Bardell, trémula de emoción; — sois muy bueno, señor.

—Eso os evitará muchos trabajos, ¿no es verdad?

—¡Oh! nunca he pensado en el trabajo, y naturalmente, trabajaré más que antes por agradaros. Pero sois tan bueno, Mr. Pickwick, en haber pensado en mi soledad.

—¡Ah! ciertamente no había pensado en eso... cuando yo esté fuera, tendréis siempre alguien con quien hablar.

—Es seguro que debo considerarme como una mujer feliz.

—¿Y vuestro hijo?

—¡Dios bendiga al pequeño! — interrumpió la señora Bardell con entusiasmo maternal.

—El tendrá también un compañero — continuó mister Pickwick sonriendo graciosamente, — un alegre compañero, que, estoy seguro, le enseñará en una semana muchas cosas que no habría aprendido en un año.

—¡Oh! ¡caro y excelente hombre! — murmuró la Bardell.

Mr. Pickwick se estremeció.

—¡Oh, caro y tierno amigo!

Y sin más ceremonias, la dama se levantó de su silla y echó los brazos al cuello de Mr. Pickwick con un diluvio de lágrimas y una tempestad de sollozos.

—¡Dios me proteja! — exclamó Mr. Pickwick lleno de asombro. — ¡Señora Bardell! ¡señora! ¡Bondad divina! ¡Qué situación! ¡Reparad! Dejadme; señora Bardell, si alguien viniera.

—¡Eh! ¿qué me importa? — respondió la Bardell con extravío. — No os abandonaré nunca, ¡hombre querido, corazón angelical!

Y pronunciando estas palabras, se adhirió al cuello de Mr. Pickwick tan fuertemente como la vid al olmo.

—¡El señor tenga piedad de mí! — dijo Mr. Pickwick defendiéndose con todas sus fuerzas. — Siento gente en la escalera. Dejadme, señora, os lo suplico; dejadme.

Pero los ruegos, las amonestaciones, eran inútiles, porque la dama se había desmayado en los brazos del filósofo, y antes de que tuviese tiempo para ponerla en el sofá, el chico Bardell introdujo en la habitación á mister Tupman, á Winkle y á Snodgrass.

Mr. Pickwick se quedó petrificado. Estaba en pie, con su amable carga en los brazos, y miraba á sus amigos con aire estúpido, sin saludarles, sin pensar en darles una explicación de lo que veían. Ellos, á su vez, se consideraban con admiración, y el chico Bardell, lleno de inquietud, examinaba á todos sin saber lo que aquello significaba.

La sorpresa de los pickwickianos era tanta y la perplejidad de Mr. Pickwick tan terrible, que hubieran quedado en la posición hasta que la dama hubiera recobrado el conocimiento, si su tierno hijo no hubiera precipitado el desenlace por una conmovedora ebullición de amor filial. El chico, vestido con un traje de terciopelo rayado, había permanecido en pie, incierto y confuso sobre el umbral de la puerta; pero gradualmente se fué desarrollando en su espíritu la idea de que su madre había sufrido algún desperfecto. Considerando á Mr. Pickwick como el agresor, lanzó un grito salvaje, y precipitándose

con la cabeza baja, empezó á asediar á aquel hombre inmortal por las piernas y las caderas, pellizcándole y golpeándole tan fuertemente como lo permitían la fuerza de sus brazos y la violencia de su empuje.

—¡Quitadme á este chicuelo! — exclamó Mr. Pickwick en la agonía de la desesperación. — ¡Está rabioso!

—¿Qué ha pasado? — preguntaron los tres pickwickianos estupefactos.

—No sé nada — respondió el mentor con desesperación. — Separad este chico.

Mr. Winkle llevó al otro extremo de la habitación al interesante chico, que gritaba y gesticulaba con todas sus fuerzas.

—Ahora — continuó Mr. Pickwick, — ayudadme á llevar abajo á esta mujer.

—¡Ah! me siento mejor — suspiró débilmente la señora Bardell.

—Permitidme ofreceros mi brazo — dijo Tupman, siempre galante.

—Gracias, caballero, gracias — exclamó la dama con voz histérica.

Y fué llevada al piso bajo en compañía de su cariñoso hijo.

—No puedo concebir — dijo Mr. Pickwick cuando volvieron sus amigos. — no puedo concebir lo que le ha pasado á esta mujer. Acababa simplemente de anunciarle que voy á tomar un eriado cuando cayó en el singular paroxismo en que la habéis encontrado. Es muy extraordinario.

—Es verdad — dijeron sus tres amigos.

—Me ha puesto en una situación muy ridícula — continuó el filósofo.

—Es verdad — repitieron sus tres discípulos, tosiendo ligeramente y mirándose unos á otros con aire dubitativo.

Esto no pasó inadvertido para Mr. Pickwick. Notó la incredulidad de sus amigos; dudaban evidentemente de su inocencia.

Después de algunos momentos de silencio, mister Tupman tomó la palabra y dijo:

—Hay un hombre abajo en el vestíbulo.

—Es la persona de quien os he hablado: le mandé á buscar á Borongh. Tened la bondad de decirle que suba, Snodgrass.

Mr. Snodgrass ejecutó esta comisión, y Mr. Samuel Weller se presentó inmediatamente.

—¡Ah! ¡ah! me reconocéis — le dijo Mr. Pickwick.

—Un poco — replicó Sam guiñando el ojo.

—Tengo que hablaros; — sentaos — dijo el filósofo.

—Gracias — respondió Sam; y se sentó sin más ceremonias, habiendo depositado su viejo sombrero en el suelo. — No es un buen sombrero — continuó, sonriendo á los pickwickianos, — pero es muy cómodo. Cuando tenía alas era muy bello, ahora que no las tiene es más ligero; después, los agujeros dan entrada al aire; es un sombrero ventilador.

—Ahora — dijo Mr. Pickwick, — se trata del asunto por que os he mandado venir con el asentimiento de estos señores. Deseo saber ante todo si tenéis motivo para estar descontento de vuestra situación presente.

—Antes de satisfacer á esa pregunta, deseo saber ante todo si tenéis una mujer que darne.

Un rayo de calma benévola iluminó las facciones de Mr. Pickwick, cuando contestó:

—Quiero que entréis en mis lecciones.

—¿De veras? — preguntó Sam.

Mr. Pickwick hizo un gesto afirmativo.

—¿Salario?

—Doce guineas al año.

—¿Vestidos?

—Dos.

—¿Trabajo?

—Servirme, y viajar conmigo y con estos caballeros.

—Acepto.

—¿Podéis suministraros buenos informes?

—Preguntad á la dueña del *Ciervo blanco*, y ella dirá.

—¿Podéis venir esta noche?

—Voy á ponerme mi traje al momento, si está aquí — exclamó Sam con alegría.

—Volved esta noche á las ocho, — respondió mister Pickwick, — y si los informes son buenos, os vestiréis aquí.

Exceptuando un amable desliz, de que había sido culpable al mismo tiempo una de las criadas del hotel, la conducta de Sam Weller había sido siempre muy meritoria. Mr. Pickwick no vaciló en tomarle á su servicio.

Antes de anochecer Sam estaba vestido, con un traje gris con botones de P. C., un sombrero negro de escarpela, con un chaleco rayado y pantalón de polainas.

Al día siguiente este individuo, tan repentinamente transformado, tomó asiento en el exterior del coche de Eatanswill.

—Es verdad — dijo, — todavía no sé si voy á ser un lacayo, ó un *groom*. ó un guardabosque; pero es igual. Cambiaremos de aire. Quiero ver tierras; no tendré mucho que hacer, eso me gusta. Por tanto ¡viva Pickwick!

CAPITULO XIII

Eatanswill — Partidos que lo dividen. — Elección de un miembro del Parlamento en este pueblo antiguo, leal y patriota.

Confesamos francamente que nunca hemos oído hablar de Eatanswill, hasta el momento en que nos hemos sumergido en los papeles del Club Pickwick. Reconocemos que en vano hemos buscado pruebas de la existencia de dicho pueblo.

Hemos supuesto, por lo tanto, que el temor de ofender á alguien y guiado por un sentimiento de delicadeza, Mr. Pickwick substituyó deliberadamente con un nombre ficticio el nombre real del pueblo donde había hecho sus observaciones.

Parece que los habitantes de Eatanswill, como los de otros muchos pueblos, se creían de inmensa importancia en el estado, y cada individuo, como tenía la conciencia de esto, se unía en cuerpo y alma á uno de los partidos que dividían el pueblo, los *azules* y los *amarillos*. Por tanto, los azules no perdían ninguna ocasión de contrariar á los amarillos, y los amarillos no dejaban escapar ninguna ocasión de contrariar á los azules; de modo que cuando los amarillos y los azules se encontraban frente á frente en alguna reunión pública, en el ayuntamiento, ó en la feria, ó en el mercado, surgían siempre grandes disputas y cuestiones entre unos y otros. Es inútil añadir que en Eatanswill todas las cosas se hacían cuestiones de partido. Si los amarillos proponían cubrir la plaza del mercado, los azules tenían asambleas públicas en que echaban abajo el proyecto. Si los azules proponían erigir una nueva bomba en la gran calle, los amarillos se levantaban como un solo hombre y combatían ardientemente tan infame moción. Había tiendas azules y tiendas amarillas; había en la iglesia misma una fila amarilla y una fila azul.

Cada uno de estos poderosos partidos debían tener necesariamente un órgano, y en efecto, se publicaban dos periódicos en la ciudad; la *Gaceta de Eatanswill* y el *Independiente de Eatanswill*. El primero sostenía los principios azules, el segundo campeaba en un terreno pu-